

EL CUARTO DE BAÑO

Madrid, Mayo 1958

LO QUE FUE MI PAURE

\* En el barrio todos le conocían. Le veían pasar cada mañana en dirección al colegio, llevando la carpeta de libros debajo del brazo. Por expreso deseo de un madre, iba con la cabeza rapada. En ella ya empezaban a despuntar unos pelos duros, <sup>amenazando</sup> ~~amapazando~~ a crecer. Era delgado y fuerte y sus ojos, lagos grises e inmóviles, lo contemplaban todo con una cansada avidez. Su cara ligeramente afilada, de pómulos altos y estrechos, denotaba en el gesto puro y grave una madurez superior a los trece años que tenía. Llevaba siempre una chaquetilla gris, una camisa no muy limpia y unos pantalones verde claro, que hacía juego infame con el resto de la indumentaria. La carpeta estaba vieja, rozada en los extremos y con las correas sueltas la mayoría de las veces.

Gustavo, el camarero del bar Sestac - solitario a aquella temprana hora de las nueve -, la señora Andrea, la vendedora de frutas - con escasa clientela todavía -, Feliciano, el dueño del kiosko de periódicos - que aun no había vendido arriba de media docena -, todos lo veían pasar con su seria gravedad de diario y se hacían lenguas interiormente sobre la formalidad y la listeza del chico. A veces lo comentaban.

- ¿Qué le parece el chaval, señora Andrea? - recalcó un día Gustavo, yéndose a la puerta de la verdulería e indicando con la barbilla al niño mientras se alejaba.

La señora Andrea entornó los ojos.

- Que es formal como él solo. No es como esos granujillas que al pasar por aquí quieren desayunarse a costa mía.

Al tiempo se dedicaba a colocar las naranjas agrias, los tomates verdes y las manzanas machucadas de los barcos que ponía a la puerta. La buena fruta estaba más dentro y ya lo sabían las clientas. No era cosa de que los granujillas se llenaran la barriga con la flor de la tienda.

- No, no me refiero a eso - Gustavo tenía el rostro intrigado.

y los pliegues de la cara grande y rojiza se le mecían en extrañeza -  
- Es que hoy le he visto una cara rara. Va como sonámbulo y además blanco como el papel. ¿Se ha fijado usted?

- No, no me he fijado - contestó la verduleta, encogiéndose de hombros - !Cosas de chicos! Ya sabe usted, está en la edad.

El camarero encogió también sus gruesos hombros de vasco, mientras acunaba y reacunaba la bayeta entre sus grandes manos de labriego. La papada le sobresalía blanda, dejando ver sus dientes grandotes y sanos.

- No sé, no sé - meneó la cabeza.

La señora Andrea se quedó aun mirando a Pablo, mientras desaparecía tras la esquina de la calle Palmar, donde estaba el colegio.

- Sí - dijo, como respondiendo a una pregunta que ella misma se hubiera hecho - Será mejor que su padre.

Gustavo enarcó las cejas y en su boca se formó un gesto compasivo.

- No es difícil. Es un pobre hombre.

La vieja se había sentado en una silla, esperando a la clientela. Denegó con la cabeza.

- Tu, tu... No crea que siempre ha sido así. Fué la guerra la que destrozó a don Roberto. Antes era un abogado muy bueno. Tenía un pico de oro. !Cómo hablaba aquel hombre! Convencía a las piedras... Pero luego, cuando volvió... - Meneó la cabeza - Además, tiene una señora que... ya, ya...

- ¿Qué pasa? - Gustavo se le acercó, interesado. La ropa le estaba pequeña, amenazando estallar sobre su gran cuerpo blanquirrojizo.

- De las de rompe y rasga - subrayó expresiva, la verdulera - Cualquier día le da un disgusto de los gordos. Es de las que no se conforman. Han venido a menos y... Es una lástima... Porque él es un señor... ~~Ya~~ Al ver la curiosidad del camarero - Ya le contaré, ya le contaré...

- Cada uno tiene su historia - afirmó sentencioso él, yéndose a limpiar las mesas de afuera.

- Sí, y cada una es un mundo - replicó la vieja para sí, mirando al final de la calle por donde había desaparecido el estudiante.

- - - - -

Pablo era hijo de un abogado pobretón que se defendía malamente con los pleitos mediocres que le tocaban en suerte cuando el acusador o simplemente un testigo le ponía nervioso con una voz un poco fuerte o una observación fuera de tono. Un hombre que - según se decía -, había venido de la guerra con los nervios destrozados y que luchando por sacar su casa adelante, había "reverdecido" sus antiguos triunfos en el foro - antes en el campo de la criminología -, dedicándose a defender pleitos de poca monta, ya que los complicados casos que antes eran su especialidad habían resultado demasiado difíciles para aquella inteligencia depauperada y aquellos nervios destruidos por el fino silbar de los obuses. En suma, aquel hombre habría desempeñado a la vuelta con mejor fortuna cualquier otra profesión distinta de la suya. En muy raras ocasiones tenía la oportunidad de lucirse, pues los testigos y aun los mismos fiscales, instruidos ya sobre su talón de Aquiles, raramente le consideraban, explotando su debilidad física y mental.

La madre de Pablo, una mujer que antes había lucido bastante en sociedad por su belleza y por cierto estilo de chulesca simpática a la española, se había transformado en una cuarentona amargada y gritona, que reprochaba constantemente a su marido su escasa competencia en el oficio y los limitados ingresos que entraban en la destaralada y vieja casa en que vivían, en las afueras de Laverna. En realidad, el deseño había sido notable, pues antes de la guerra, el buen Ford, la joya costosa, el estreno de ropa mensual, estaban a la orden del día. El niño, muy pequeño aún, tenía su nurse y en la casa no faltaban nunca un par de criadas y una cocinera. La sociedad lavernesa había considerado siempre al matrimonio Vermal como uno de

sus mejores representantes.

Ahora todo había cambiado. Se habían visto precisados a variar de casa, yéndose a vivir a una finca que languidecía descuidada al final de los arrabales de la ciudad. Esta casa la había heredado ella hacía bastantes años de una tía suya y nunca le había prestado atención. Después de la guerra, llegada la hora de reconstruir el hogar, fué preciso trasladarse, prescindiendo del automóvil, las joyas y la servidumbre. Un traje cada seis meses y dos veces a la semana al cine o al teatro, a elegir. Y

Pero Julia Vermal no se resignaba a perder las comodidades de los diez años primeros de su matrimonio. Atosigaba a su marido, exigiéndole se ocupase en pleitos productivos, que naturalmente exigían una limpidez mental y una calidad superior a la que aquel hombre deshecho podía tener. El, anquilosado interiormente, empujado y vencido de antemano, aceptaba casos cuya defensa sobrepasaba a sus capacidades. Como podía esperarse, aquello constituía un fracaso. Los testigos se mostraban reacios a contestar, se expresaban hirientes a pesar de las llamadas al orden del juez, el fiscal expresaba sin rodeos los más mordaces comentarios y el reo por su parte fustigaba implacable, desconcertando entre todos al abogado defensor, que acabó más de una vez por solicitar la suspensión de la vista por encontrarse mal.

Laverna estaba entezada a medias del drama de aquella familia. La ciudad era mediana y la señora Mermal, cuando salía a la calle, muy peripuesta, ofrecía siempre una sonrisa brillante a la señora del juez, a la del secretario del ayuntamiento, a la verdulera y al dueño del kiosco de periódicos. Viéndola, nadie hubiera supuesto la incubación cuidadosamente científica de odios y egoísmos que se freguaba en la casa.

El niño, amargado y silencioso, mordiendo las sábanas por la noche en su pequeño cuarto contiguo al de ellos, les oía disputar los días y las noches. Ultimamente sólo escuchaba la voz acuchillada de

su madre, acusando, incitando, aconsejando con gritos, quejándose de la pérdida opulencia que ya nunca volvería. Pablo, con los ojos secos y febriles, acostado en la noche, se tapaba los oídos para no escuchar aquella voz que taladraba todos los obstáculos, buscando herir las más delicadas y viriles fibras de su padre.

A él sí, a él lo quería. Recordaba cómo había empezado a quererlo y cómo había empezado a no querer a su madre. Cómo se habían ido juntan- do fibra a fibra, molécula a molécula, día a día, la carne de él y la de su padre, las dos sangres que antaño fueron la misma, identificán- dose en una comunión profunda como el abismo de un sueño. Se sentía ca- paz de hacer por él cualquier cosa. Recordaba las furiosas bofetadas de su madre cuando él había querido hablar, gritar su ardiente rabia, desmelenado ante su injusta actitud con aquel hombre depauperado y previamente vencido. Aquel hombre que sólo resucitaba algunos domin- gos por la mañana, cuando se escapaban los dos de la casa hasta el me- diodía. Aquéllas eran las únicas horas que recordaba con placer.

Cuando el tiempo era bueno y la señora Vermal, en cama hasta tarde, deseaba ir con su esposo y su hijo a la ~~abogada~~ misa de las diecinue- ve horas, cogía el abogado a su hijo y se iban ambos al Jardín Botáni- co, huyendo de aquella pesadilla continua. Allí, la cara angustiada de Vermal se distendía, llegando a veces hasta a reír abiertamente con cualquier fruslería que le saltara a los ojos. Pablo también iba con- tento, sintiéndose compenetrado. Primero, cuando estaban cerca de la casa, andaban de prisa, pero cuando ya se habían internado en el cen- tro de la ciudad - que empezaba a respirar aire dominguero -, acorta- ban la marcha.

Pablo sentía posada en su hombro la mano velluda y de dedos largos de su padre, transmitiéndole su calor a través del tejido. A este con- tacto se volvían blandos en su interior los grumos de sangre endureci- dos por tan prolongada sequía de ternura. El cielo tenía un azul más vivo que de ordinario, las niñas que iban a misa le sonreían más afec-

tuosamente que de costumbre, el aire le entraba en los pulmones más denso, bañándole el pecho en una agua heladamente dulce. Se sentía feliz.

Su padre también cambiaba. Don Roberto sentía los ojos más vivos, más nuevos. Le parecía no sentir sus cincuenta años sobre los hombros. El día anterior sólo había cruzado con su mujer unas cuantas palabras y él creía que algo, no sabía qué, podía tener solución. La mañana era fresca y límpida y don Tadeo, presidente en el juicio que se celebraría el martes, les había saludado al pasar, sonriéndose más que otras veces. El olor a flores en el Jardín Botánico era de una fuerza delicada y penetrante y todo estaba bien, después de todo.

En la cálida mañana de verano, cuando a la entrada del Jardín ponían la heladería, compraban barquillos antes de entrar y los iban comiendo después de pagar las dos pesetas de entrada en el kiosquillo. Escuchaban atentamente las explicaciones del introductor, que repetía por milésima vez las mismas palabras, pero que a ellos les sabían a recién estrenadas. Reían juntos ante cualquier incidente y la mano de Verma acariciaba de vez en cuando la cabeza de Pablo. Luego subían al depósito de aguas y desde arriba, pegados a los grandes barriles de zinc, oteaban todo el contorno de la ciudad, llamándose mutuamente la atención sobre las figuras caprichosas que formaban las volutas de humo de las chimeneas o los reflejos del sol sobre el techo metálico de la estación. Únicamente evitaban mirar, de común acuerdo que no se había expresado nunca con palabras, la casa donde la mujer y ~~la~~ madre dormiría aún.

Luego, con un asomo de tristeza, descendían. Era la vuelta. Pero un esfuerzo sabiamente combinado conseguía mantener la alegría y el buen humor durante buena parte del retorno. A la salida del Jardín, se sentaban en "La Alegre Mozuela", el bar del viejo Camilo, y tomaban cerveza y gambas sentados bajo la lona, en la acera que ya empezaba a calentarse fuertemente por el sol.

Pablo hacía preguntas sobre todas las cosas y su padre las contestaba rápidamente, sonriendo a los claros ojos que se fijaban en él por encima de las botellas y los vasos vacíos.

Luego se dirigían a la Casa de Fieras, donde la tranquila actitud de Leo, el hermoso león, cautivaba a Pablo tanto como la inquieta fiereza de Jova, el tigre. Reía con las desgarradas posturas de Celia, el avestruz, y con los rápidos saltos - que él provocaba con avellanas - de Fito y Limo, los monitos saltarines que saludaban su llegada con gran gesticular de manos, pies y rabos.

La salida era ya lenta. Se acercaba el mediodía y el sol calentaba lo suyo. Ambos se quitaban las chaquetas y las llevaban al hombro hasta el Paseo de las Acacias, desde donde se divisaba ya la casa. Se las ponían entonces parsimoniosamente y se sonreían a los ojos - cómplices en ternuras y quizá también en odios -, antes de entrar en la casa.

×

En el centro de la calle Palmar, estaba el colegio. Pablo entró en el viejo edificio gris y blanco, mezclándose entre sus compañeros durante unos momentos, antes de juntarse con Fernán, su único amigo. Se le cayó la carpeta al suelo al tropezar con alguien - que le miró atónito -, y no se bajó a recogerla. Fernán le miró intrigado. Pablo estaba blanco como la pared y mantenía sus ojos asombrados sobre la carpeta.

Ya empezaba a formarse un corro a su alrededor. Su amigo se le acercó:

- ¿Qué te pasa, Pablo?

Este no dijo nada ni se movió. Fernán, cada vez más sorprendido, recogió los libros, escapados de la carpeta, los metió en ella y llevándose a su amigo a un rincón, huyó de la curiosidad de los demás que habían contemplado la escena.



- ¿Estás malo? Tienes la cara como la pared.

Pablo le miró un segundo a los ojos, poniéndose más pálido aún si cabe. Su amigo aumentó su sorpresa.

- ¿Quieres que vayamos a tu casa?

Por primera vez se entreabrieron sus labios cerrados.

- No - gritó más que dijo - Quiero entrar en clase, en clase.

Sus manos se engarabitaron al coger la carpeta y entró en la sala con gestos extraños. Miraba hacia adelante sin ver, con las piernas rígidas, rígidas como se ponen las articulaciones antes de empezar a temblar convulsivamente.

En aquel momento sonó el timbre y todos los estudiantes se precipitaron en clase detrás de Pablo. Su amigo se puso a su lado, mirándolo con preocupación. Su timidez y el retraimiento amargo de Vermal los había unido. Juntos estaban en la lección, juntos en el recreo y juntos hacían sus deberes fuera de casa. Únicamente él estaba enterado de la vida que hacían los padres de Pablo. Los otros niños no existían para ellos. Formaban mundo aparte y sólo el profesor cobraba realidad ante sus ojos.

- Dígame, Vermal, algo sobre el tema de hoy. Creo que trata de la hulla, ¿no? ¿Qué puede decirme sobre eso?

Pablo era un buen estudiante. Así es que a la pregunta del profesor se esperaba una pronta respuesta. Por tanto, al no oír nada, todas las miradas convergieron en el hijo del abogado y el mismo don Eduardo le miró con sorpresa.

- ¿No ha estudiado hoy la lección? ¡Ejem! Es de repaso y el tema no es difícil - Se quedó mirándolo intrigado.

El niño se había levantado y permanecía con los ojos ausentes.

- Sí la he estudiado - Seguía muy pálido y sus ojos miraban al catedrático sin verlo. Sus manos estaban sobre la mesa, exangües.

- Entonces - apuntó afectuoso don Eduardo - Díganos lo que sepa sobre la hulla.

- No me acuerdo - Sus ojos tenían filos de tortura ante la pregunta.

- Usted tiene buena memoria - insistió extrañado el profesor - ¿Le ocurre algo...? ¿Se encuentra mal...?

Aquello lo dijo en el tono más natural del mundo, pero de pronto ocurrió algo inesperado. Pablo se había estado mordiendo los labios desde que don Eduardo le empezó a preguntar. Sus ojos, ausentes y endurecidos hasta entonces, se quebraron, y un sollozo ronco le desgarró la garganta, mientras dos lágrimas calientes le rodaban por las mejillas. Dió un salto y dirigiéndose a la puerta, salió corriendo del aula.

Todos quedaron estupefactos. El profesor y Fernán salieron tras él al cabo de unos momentos, pero el niño había desaparecido.

- - - - -

Eran las ocho de la mañana y Julia se encontraba en el lecho aún. Roberto estaba en el cuarto de baño, afeitándose para ir al bufete. Ella tanteó medio dormida entre las sábanas, extendiendo las manos hacia el sitio que acababa de ocupar su marido. Lo encontró todavía caliente. Abrió los ojos y echando una ojeada a la habitación, se des-  
embozó rápidamente, arrojándose de la cama en pijama. Fué hasta el cuarto de baño, abriendo la puerta con violencia.

El la vió reflejada en el espejo, pero no se volvió ni dijo nada. Sólo el temblor de sus labios delató su emoción. Sus ojos se velaron y los hinchados párpados se cerraron sombríos sobre las rojizas estrías del cristalino.

Ella, con los pelos tiesos y enmarañados, los ojos virulentos y los labios resecos con restos de carmín, le increpó:

-No se te ocurra volver hoy sin dinero. Pero bastante dinero. Quiero comprarme unas cuantas cosas. ¿Te enteras, zorrastrón? Pídeselo a ese botarate de Juan. Te debe un pleito. Si no está en su casa, se lo pides a su mujer. También me está resultando una zorra.

Roberto no pestañeó. Dejó de afeitarse, pues la navaja le temblaba junto a la mejilla cubierta de jabón. Tragó aire, abriendo la boca co-

no si se ahogara. Se recobró algo y trató de continuar, pero la voz colérica de ella le interrumpió de nuevo.

- ¿Es que no me escuchas? ¿Te has quedado sordo? Te digo que ese idiota de Juan no va a quedarse con nuestro dinero. ¿Qué se ha creído el muy imbécil? Si no tiene, que lo busque. El muy zorro cuando viene aquí se pone camisas viejas y trajes usados.

Roberto se volvió. Sus párpados, violáceos, caían sobre los ojos con una fatiga inmensa.

- El pleito terminó anteayer - dijo - No podemos demostrar que nos hace falta dinero con tanta urgencia. Se lo pediremos más adelante.

- ¡Más adelante, más adelante! - se enfureció ella, agitando los puños cerrados delante de su cara - ¡Siempre estás diciendo lo mismo! ¡Estoy harta, harta...!

- ¿Qué quieres que haga? - contestó él irritado - ¡Cállate de una vez! Vas a despertar al niño.

Ella, descompuesta, empezó a pasear por el pasillo, sin cuidarse de bajar la voz, en una verdadera orgía de furia.

- Siempre estamos en las mismas, sin un cuarto ¡Demonio! Un día haré una barbaridad. Tengo un marido que es un calzonazos ¡Un calzonazos! No sirve más que para hacer cuatro pleitos indecentes y encima no le pagan. Yo quisiera tener un hombre - de nuevo apretó los puños delante de la despreciativa, pero temerosa cara de él - un hombre que no fuera un idiota como tú, que ni siquiera trae a su casa un pedazo de pan.

- Sabes que no es verdad - replicó él, tratando de hacer firme la voz, pero sin lograrlo. Sus nervios agitaban el cuerpo con un temblor convulsivo - Aquí no falta lo necesario.

- Ya, ya... ¿A qué llamas tú lo necesario? A una sopa de verduras, a unos trajes viejos, a la cochambrosa cartera de tu hijo... Somos los más pobres del barrio. ¡Con lo que hemos sido nosotros...!! Yo, yo, - gritó descompasada - y-o he tenido trajes, alhajas y coche cuan-

do mi marido era un hombre, un hombre que sabía ganar el dinero! Pero ahora se ha vuelto un bragazas y el mejor día tendremos que salir a buscar de comer en el cajón de <sup>la</sup> basuras...

Se calló de pronto, dejándose caer en el marco de la puerta, mientras él la miraba con ojos atónitos. Sentía hacia ella un miedo despreciativo y le parecía que nunca podría acostumbrarse a verla en aquel estado. Ella se le quedó mirando de pronto, mientras una sonrisa cícnica le contraía los labios y sus ojos malignos lo detallaban con frialdad venenosa. Con lentitud y chupando ávida la expresión del hombre, dijo:

- Lástima tener ya cuarenta y ocho años. Si no...

Tuvo una risa burlona, mientras se llevaba la mano al pelo para alisárselo. Se echó a un lado para poder verse en el espejo que estaba detrás de su marido. Este se había quedado lívido. Sus ojos, trágicos en su inmovilidad, se agrandaron incrédulos.

- ¿Quieres callarte, víbora? - dijo, acentuando cada palabra, sibilante entre los labios. Su rostro se contrajo de pronto, bajó la cabeza y sus labios amontados se pusieron amargos - Nunca me habías dicho eso. Porque sabes que sí, que soy un pobre hombre que no debería haber vuelto de la guerra... Estás equivocada si crees que no me pagan los casos que defiendo. Desgraciadamente, no tengo quien me deba nada. He tomado como norma el pago inmediato y a veces adelantado de los juicios en que intervengo, porque temo que no me paguen después si se pierden... Y Juan no me debe ya nada...

Se la quedó mirando con los ojos vacíos, con una tremenda laxitud en todos sus huesos. El asombro de ella había dado paso a una furia ciega y repentina. Sus manos se agarrotaron en su busca.

- ¡Canalla! ¡Ladrón! Me has engañado. Te voy a enseñar...

Los gritos que daba despertaron por fin a Pablo. Ya estaba acostumbrado. Eran su despertador. Siguió acurrucado entre las sábanas, pero al cabo de unos momentos se fué deslizando por debajo del embo-

zo hasta tocar con sus pies en el suelo. Metiéndose las zapatillas, se incorporó.

Hoy los gritos eran más fuertes que de ordinario. Repasó los incidentes de la víspera, buscando el motivo, y no lo encontró. Cada vez las cosas iban peor.

Se asomó a la puerta que daba al pasillo y vió desde ella cómo su madre, gritando y agarrando del cuello a su padre, lo sacaba del cuarto de baño. El se defendía, procurando soltarse de las manos que le agarrotaban. Pero éstas le tenían bien sujeto, clavándole las uñas en el cuello. Vió como su padre, retrocediendo violentamente con el rostro amoratado, luchaba por desasirse de ella sin conseguirlo, arrastrándola al cuarto.

Ya no se oían sino jadeos bruscos, una respiración ahogada, otra sibilante. Una lucha feroz y sordase había entablado entre marido y mujer.

Pablo quedó petrificado en mitad del corredor, frente a su ~~cuarto~~ **Sentía** un peso terrible en el estómago, ganas de vomitar y su cerebro captaba golpes sordos, espaciados a veces, otros continuos, que él no sabía si nacían en su cerebro mismo o venían del cuarto de baño. La cabeza le ardía y los pies los sentía de plomo, las manos heladas. Estuvo a punto de caerse, pero se agarró al tirador de la puerta con todas sus fuerzas y allí se sostuvo, inerte y ~~ah~~terrorizado, hasta que en el cuarto en que luchaban se oyó un golpe seco, como de hueso que se abre, seguido del ruido sordo de un cuerpo al desplomarse.

Entonces tuvo fuerzas para moverse. Se metió en su habitación y permaneció temblando detrás de la puerta. Sus labios, sus manos, su cuerpo todo, temblaban, presa de una incontenible excitación. Ellos contradecían la orden de su cerebro que le empujaba a saber lo que había ocurrido en el cuarto de donde había brotado aquel terrible !crack!, cuyo significado sentía a la vez angustia y urgencia por identificar. Luego sintió avanzar unos pasos por el corredor, que reconoció como de

su padre. Notó que chocaba contra las paredes, tambaleándose al andar por el estrecho pasillo. Oyó el ruido de la puerta de la calle al abrirse y el portazo al salir.

Entonces abrió la puerta y avanzó pegado a la pared, con los ojos insensibilizados por el horror y el presentimiento de lo que sabía que había ocurrido. La puerta del cuarto estaba cerrada, pero la luz, encendida, se filtraba por el vano inferior, iluminando vaga aquella parte del pasillo. Se detuvo a dos pasos. Por el vano, interrumpiendo la luz a la vez que abrillantándola, se filtraba lentamente algo vivo, rojizo, que el niño había visto muchas veces. Un arroyito de sangre iba vaciándose en el corredor, favorecido por el declive del suelo.

No dió un paso más. La angustia que le atenazaba había desaparecido. Sólo sentía un agarrotamiento en la garganta que le impedía tragar aire. Le parecía que su cabeza pensaba de una manera y que su cuerpo le resultaba una materia extraña e incompatible con su cerebro. Fué a su cuarto y abriendo la ventana, respiró tragando bocanadas.

La mañana estaba deliciosa. El sol le acarició la cara y la pared de la casa vecina le pareció muy sucia. Pensó lo que siempre había pensado, que necesitaba un buen blanqueo. Cerró la ventana y en pijama todavía y con la toalla en una mano y el peine y el jabón en la otra, se dirigió a la cocina. Tenía los dientes tan apretados que le resultaba imposible abrirlos. Pensó que era por haber dormido toda la noche con la boca cerrada. Otra vez cuidaría de dormir con la boca algo abierta.

En la cocina se lavó y se peinó. Sus dientes seguían apretados y la garganta la sentía tan ardiente como si se hubiera bebido cinco copas seguidas de coñac. Trató de beber agua, pero no lo consiguió. El agua caía sobre sus dientes cerrados, filtrándose por las ranuras, pero ni una gota llegó a su garganta. Cerró el grifo.

Volvió a su cuarto - siempre presa de su extraño sonambulismo - y se vistió precautivo, cuidando de no equivocarse de pernera - según

costumbre - al ponerse los pantalones.

Luego, cogiendo los libros, se fué a la escuela.

- - - - -

El sol azuleaba magnífico en aquel día de junio. Los alrededores de Laverna son bellos y tranquilos. Casas blancas y modernas decoran sus extremos. La carretera que conduce a Torquemada - en aquella temprana hora de la media mañana - empezaba a calentarse, más por el sol que por el tránsito de vehículos.

Ceñido al borde del camino, caminaba con pasos apresurados. La parte derecha de su cara estaba aún llena de jabón y las mangas arregadas de la camisa le abrazaban algo más abajo del codo. Sus cabellos grises se licuaban de sudor junto a las frías gotas que cubrían la frente. El sol iba a buscar su cuerpo, relleno de calor todos sus pliegues. Se llevó las manos a la cabeza y la notó chorreante de sudor exprimido.

Tenía sed, pero pasó sin detenerse frente a la Venta Soledad. A pesar del calor que sentía, estaba pálido. Los ojos, apagados y patéticos, estaban lejanos, viviendo la escena de la mujer derribada en el cuarto de baño, con el hilillo de sangre saliendo lento de la sien. Al andar, sus pies golpearon una piedra, que salió rebotando hacia el centro de la carretera.

Aquel ruido pareció despertarlo de su estupor. Se detuvo y miró a su alrededor. Todo se encontraba febrilmente silencioso. Personas y pájaros parecían haberse ausentado del mundo. Sólo árboles y vagas casas de labor en la lejanía. Reconoció, proyectadas en la distancia, las piedras derruidas del castillo de Doña Blanca, con los verdes sombríos de sus enredaderas entrelazando el pétreo esqueleto.

El calor de su cuerpo se le hizo vivo, lo sintió. Fué a cobijarse bajo un árbol. Un instinto primario lo empujó, pues su cerebro era

incapaz de crear una sola idea. Se sentó sobre la tierra.

En su interior persistía la imagen de Julia, primero gritando, luego derribada. Pero esta imagen continuaba allí, petrificada en su pensamiento, sin dar a conocer su significado. Era como si se hubiera zambullido en la butaca de un cine y le hubieran proyectado en la pantalla solamente dos fotografías. Dos fotografías de una película vieja que sólo hubieran guardado entre sí <sup>vaga</sup> ~~casual~~ relación.

Cogió una amapola de las que crecían en el borde y la olió, deleitándose con su soso perfume. Luego se quedó mirándola, intrigado. En alguna ocasión él había olido flores. No recordaba. ¡Ah, sí! En el Jardín Botánico cuando iba con...

Se puso en pie de un salto. La evocación había puesto en movimiento las dos fotografías petrificadas en su cerebro. Y delante de ellas, ya vivas, había otras muchas y todas se ponían en movimiento en su interior, empujándole.

Sus ojos se animaron. Se guardó la amapola en el bolsillo y tomó el camino de vuelta.

A los veinte minutos, divisó la casa. Grande, destartalada, con tranquilos árboles en el exterior. Y dentro, la sangre.

Los labios y las manos le empezaron a temblar delante de la verja. Sin embargo, el corazón le ~~gempaba~~ <sup>gempaba</sup> con una serenidad ominosa. Estuvo tentado de gritar, pero tuvo miedo. Muy despacio, introdujo la mano entre los barrotes y descorrió el cerrojo. Entornó luego la verja y avanzó hacia la casa.

La puerta estaba abierta. Muy despacio, con la cara de cera y el cuerpo luchando enfebrecido con su temblor animal, avanzó por el pasillo. Evitaba mirar al fondo, pero el vago resplandor de la luz en el cuarto de baño hería oblicuo sus ojos. Se detuvo frente a la habitación de Pablo, empujando la puerta. Estaba vacía. Entró, rebuscando fútilmente, como si el hijo fuera tan pequeño que se pudiera ocultar en un rincón. Volvió al comedor, llamando quedo:

- ¡Pablo! ¡Pablo!



Entró otra vez en la habitación y buscó la carpeta, sin encontrarla. Rápido y silencioso, con una feroz angustia atenazándole el pecho, volvió a salir. Seguía sin mirar al cuarto de baño, que esparcía dulcemente su tenue luz por debajo de la puerta. Se dirigió a la salida.

Gustavo - sin clientela aun -, la señora Andrea - bastante ajetreada, pero no tanto como para no ver a todo el que pasara -, Feliciano - que había vendido ya la mitad de sus periódicos -, le vieron pasar con asombro. Seguía en mangas de camisa, con el jabón pegado a la pálida cara. Daba zancadas rápidas y se perdió en dirección a la calle Palmar

Andra, el bedel de la escuela, rezongó al escuchar el brusco campañillazo. Se acercaba el mediodía y la hora no era a propósito para visitas. Miró por el ventanillo y abrió los ojos con sorpresa. Se apresuró a descorrer el cerrojo.

- ¿Qué le pasa, señor Vermal? Tiene usted la cara de un muerto. ¡Jesús! ¿Está malo?

- No haga preguntas. ¿Ha venido mi hijo? Avísele. Dígalo que estoy yo aquí... No, no se lo diga... Sólo alguien que quiere verle.

- Voy corriendo. ¡Ah! - se volvió después de dar dos pasos - Lo he visto salir.

- ¿Cuándo? ¿Adónde?

El portero se apresó a responder, pues la expresión del abogado distaba mucho de ser tranquilizadora.

- Hace bastante tiempo. Serían las nueve y media. Y el sitio, no le puedo decir. Voy a ver si saben algo.

Entró en el aula, mientras Vermal, falto de fuerzas, se apoyaba en la pared.

- Nadie sabe donde fué, señor Vermal. Lo único que saben es que iba muy emocionado. Me han dicho que llegó como la pared...

El abogado acusó el golpe. Sus ojos se cerraron un segundo dolorosos y sus hombros se estremecieron con una oleada de frío. Sin decir una palabra, dió media vuelta ante la estupefacción de Andra. Don Eduardo salía apresurado de clase en aquel momento y le llamó, pero

sin resultado.

En la calle fué preguntando a cuantos conocidos encontraba. Todos le miraban asombrados, llenos de extrañeza ante su aspecto. En su cuello se veían marcadas sangrientas las huellas de las uñas de Julia. El hombre siempre pulcramente vestido iba en mangas de camisa. Un lado de su cara iba afeitado con limpieza, el otro continuaba manchado de jabón reseco, que él no se preocupaba de quitar. Un guardia se ofreció a acompañarlo a su casa, pero él rehusó con brusquedad.

Después de haber recorrido muchas calles, cansado, sin saber adonde ir, se detuvo en la plazoleta de los Angeles. El sudor le caía por la frente, deteniéndose en sus cejas empapadas. Antes de inclinarse sobre una fuente para beber, sacó el pañuelo del bolsillo para secarse la cara. De pronto, algo hirió su vista. Algo rojo y blando que venía entre los dobleces de la tela. Era la amapola, ya arrugada.

Sin cuidarse de beber ni de secar el sudor, se encaminó al Jardín Botánico. Preguntó al mozo de la heladería, que le dijo que, efectivamente, había visto a Pablo por allí, pero que no sabía si había entrado en el parque.

Preguntó al guarda, un hombre viejo de mala memoria, que no estaba seguro de nada. Le dió una entrada. Le dijo que le parecía que sí.

Avanzó por la avenida. Iba palpitante de esperanza, buscando con los ojos, con el cerebro, con el corazón, con todas las fibras llameantes de su ser. Buscó en todas las calles y en todos los senderos del Jardín, en los invernaderos, en la Casa de Plantas, registrando hasta el último rincón. A nadie vió, a nadie pudo preguntar.

Al fin se acordó de los depósitos de agua. Con el corazón angustiado, subió la escalera de caracol. Le parecía que cada escalón no se acababa nunca, que tardaba siglos en agotar aquella subida interminable. Probó a avanzar de dos en dos, pero sus piernas cansadas se negaron a obedecerle. Al mismo tiempo se daba cuenta de que no era

cansancio, sino miedo, un miedo horrible a agotar su última reserva de esperanza.

Al asomar la cabeza, lo vió. Estaba de bruce sobre el antepecho, con la cabeza escondida entre los brazos cruzados, con el cuerpo doblegado de tensión bajo el fuego del sol.

Se detuvo a dos pasos de él. El zinc brillaba como plata, hiriéndole los ojos fatigados.

- ¡Pablo!

Lentamente, girando sobre sí mismo, el niño se volvió. Estaba agachado, próximo a caer de rodillas. Sus ojos lo miraron como si no lo reconocieran. Había en ellos un dolor transido. Contenían toda la amargura de un fracaso desgarrado, un fracaso como sólo lo saben rumiar los niños en la soledad. Sin una lágrima, con los ojos brillantes y resecos.

Se puso de pie.

- ¿Qué? - su barbilla se pronunciaba recta.

- Nada - Vermal se sentía extraño, alejado, como si en su cerebro hubieran vuelto a brotar aquellas dos inmóviles fotografías de una película antigua.

- Entonces... -

Los ojos de Pablo eran como cristales de botella, pero de un gris inmóvil y duro.

- Fué un accidente. Yo no la maté.

El zinc era demasiado brillante y el cielo pesaba demasiado sobre sus hombros.

- Tú no mataste a mi madre - acentuaba mucho las palabras, como si fueran puntillas que estuviera clavando - Era mi madre, mi ma... a...dre...e... - Sus dientes brillaban afilados de luz.

- Yo no la maté - Las fotografías seguían inmóviles en su interior, el zinc brillaba demasiado y el cielo carecía de piedad - Su cabeza chocó con el filo del lavabo. Yo no la empujé. Era mi mujer... Y yo la quería aún, a pesar de todo. Tú has salido de ella y

de mí. Tú eres lo que me queda de ella...

Padre e hijo se miraron a los ojos. El niño miró a su padre y Vermaal sintió que en su interior le hurgaba un estilete caliente, buscando su última fibra de hombre. Permaneció inmóvil, esperando. Luego sintió que aquel estilete se hacía blando, elástico, poroso y que terminaba por diluirse, convirtiéndose en un río cálido y tierno que le invadía dichosamente el corazón.

~~Tienes la cara manchada de jabón - dijo Pablo, acercándose -~~  
Déjame que te ~~limpe~~. ~~No has traído~~ <sup>la</sup> chaqueta, pero no importa.

- ¿Para qué? ¿Adónde quieres ir?

El niño miró ~~paralelamente~~ a su padre rectamente a los ojos.

- Adonde debemos ir.

El padre le devolvió la mirada y asintió con la cabeza.

- Sí - dijo.

- ¿Vamos?

Cuando terminaron la escalera y empezaron a andar, Pablo cogió la mano de su padre y la puso sobre su hombro. Se miraron. Don Roberto sintió algo raro en su interior, algo nuevo y avasallante que nunca había sentido. Las dos fotografías que albergaban su mente se pusieron en movimiento, pero esta vez hacia el futuro. Hacia un futuro que podía enlazar con un antiguo pasado esplendoroso.

En sus venas sintió revivir aquella su antigua energía. Todo era posible, después de todo.

Sólo se trataba de volver a empezar.

FIN

- - - - -